

Concepción Palacios, maestra y amiga

PEDRO SALVADOR MÉNDEZ ROBLES
Universidad de Murcia
psmendez@um.es

Concluye conmigo el recorrido por la trayectoria profesional, y también personal, de la que ha sido mi maestra, la Dra. Concepción Palacios Bernal, Concha Palacios para los amigos del gremio o Conchita, para algunos de los que pertenecemos a su círculo más próximo, porque así la llamamos cariñosamente, por esa humilde cercanía que la caracteriza. Así pues, en representación de los que hemos sido sus discípulos y compañeros de área, continuo el relato de mi también maestro, el Dr. Alfonso Saura Sánchez, desde el profundo respeto y admiración que siento por la figura de Concha y los valores que representa.

Como el más veterano de sus discípulos – después vinieron otros: las Dras. Lydia de Haro Hernández y Edurne Jorge Martínez y el Dr. Pedro Baños Gallego –, di mis primeros pasos en la carrera universitaria bajo su magisterio a principios de los 2000. Sin embargo, a Concha la había conocido unos años antes, concretamente en el curso académico 1997-1998, cuando fue mi profesora en primero de la licenciatura, en aquel plan de estudios de cuatro años, que tuvo una vigencia muy corta, al que profesor Saura ha hecho referencia. Concha me dio clase de *Análisis de Textos Franceses I*, una asignatura en la que aprendíamos a analizar textos narrativos de los siglos XVI al XX. Mi primer contacto con la literatura francesa fue con ella, compartido con la profesora Elena Meseguer Paños y el profesor Isaac David Cremades Cano, pues los tres fuimos compañeros de promoción. Todavía conservo el programa de la asignatura donde figuran las lecturas que ese curso tuvimos como obligatorias, algunas de las cuales eran relatos cortos, pues este género ya le venía interesando por entonces como investigadora: *La Princesse de Clèves*, *Candide*, *Le Père Goriot*, *Boule de Suif* y *L'Étranger*

son los textos que leímos, nada mal tratándose de una asignatura cuatrimestral. Puesto que estábamos en un plan de estudios condensado y muy sobrecargado de créditos, llegamos a pedirle que aliviara en algo la carga de trabajo que suponían estas lecturas, pero Concha no cedió a la presión, fiel a su principio de que “en literatura es imprescindible leer”. Más tarde la volví a tener como profesora en tercer curso, en la asignatura anual *Literatura Francesa III (siglo XIX)*. Fue un auténtico placer escucharla durante un curso académico explicar a los grandes clásicos de su admirado siglo XIX: Balzac, Stendhal, Flaubert, Zola, Maupassant, entre otros autores, entre los que también había poetas y dramaturgos. En este caso, realizamos más de diez lecturas, que tampoco está mal: *René, Lorenzaccio, Aurélia, Quatre-vingt-treize, Les Fleurs du mal, Le Rouge et le Noir, Eugénie Grandet, Madame Bovary, La Bête Humaine, Le Horla*, y alguna otra obra más. Después de veintitrés años, permanecen en mi memoria imágenes imborrables de sus extraordinarias y apasionantes disertaciones al tiempo que se paseaba por la clase hojeando las páginas de los libros que leíamos. Sus clases eran, además, muy animadas y nunca tuve sensación de aburrimiento, porque la misma energía y dinamismo que la han caracterizado vitalmente, los trasladaba a su manera de enseñar. Era un deleite, sin más, asistir a sus clases de literatura. A ello se añade que, por su talante afable y abierto por naturaleza, Concha ha tenido siempre un trato muy cercano y muy buena sintonía con sus estudiantes, incluso con los que, como yo, podemos tener un carácter más reservado o tímido en un principio. En mi caso, recuerdo que Águilas fue el pretexto para entablar una primera conversación más personal, pues supo que en sus clases había un aguileño y en Águilas tenía ella – y sigue teniendo – una casa de veraneo. Así fue como comenzó una incipiente amistad, que con el paso de los años se ha convertido en incondicional.

Su faceta docente la ha compaginado, como ya ha referido el profesor Saura, con la gestión universitaria, pues, coincidiendo con mis años de licenciatura, de 1997 a 2001, fue Decana de la Facultad de Letras de la Universidad de Murcia, primera y única Decana hasta el momento en este centro, cargo que ocupó tras ganar unas reñidas elecciones. Como ya he expuesto, su compromiso con la gestión universitaria no le impidió atender de manera ejemplar sus obligaciones docentes, además de sacar también adelante su cátedra en diciembre del año 2000, en unas circunstancias que se complicaron más de lo deseado, porque – y es algo que quiero resaltar –, Concha rompió en aquel momento un techo de cristal en el Departamento, convirtiéndose en la primera profesora que ocupaba una cátedra de Filología Francesa en la Universidad de Murcia. Pero su dedicación a la gestión universitaria no ha sido algo circunstancial, sino que se ha prolongado en el tiempo, tras sus años como Decana. Entre 2005 y 2006 fue Directora del Departamento de Filología Francesa, Románica, Italiana y Árabe, antes de ocupar el cargo de Vicerrectora de Estudios, durante dos mandatos, entre los años 2006 y 2014. Concha ha sido una gran gestora como ha sido una muy buena docente, ganándose el cariño y el respeto de aquellos con quienes ha trabajado y de quienes la han conocido en sus puestos de gestión. Fue una excelente Vicerrectora de Estudios – como había

sido una Decana muy querida -, lo cual le valió un emotivo homenaje de todo su equipo cuando dejó el cargo. Tras sus años de Vicerrectora y su capacidad para lograr consensos, su entorno profesional más cercano acariciamos la idea de verla asumir las riendas del Rectorado, pero Concha tuvo muy claro que no quería aventurarse en un proyecto tan extremadamente absorbente. En su última etapa, más sosegada, fue Presidenta de la Comisión de Reclamaciones de la Universidad de Murcia de 2014 a 2018 y, a partir de 2015, cogió el relevo del profesor Saura en la dirección de la revista *Anales de Filología Francesa*, publicación a la que ha dedicado desde entonces su tiempo y esfuerzo para situarla en unos niveles de calidad científica muy aceptables, con la obtención del sello de calidad de la FECYT o su inclusión en la base de datos Scopus.

Pero si existe una faceta destacable de Concha es su firme compromiso con los Estudios Franceses en general y en particular con la defensa de estos en la Universidad de Murcia. Desde el puesto de Vicerrectora de Estudios que en aquel momento ocupaba veló por que el proceso de transformación de la antigua Licenciatura en Filología Francesa en Grado se llevara a cabo de la forma menos lesiva para los estudios a los que llevaba vinculada desde joven, primero como alumna y después como profesora. Preocupada por el futuro de la especialidad en Murcia, en las reuniones preparatorias de aquella transición estuvo en contacto con compañeros de otras universidades, con el fin de proponer en la Universidad de Murcia la mejor opción de Grado dentro de las diferentes posibilidades que se planteaban. Se llegó a barajar un Grado en Lenguas Modernas que finalmente no prosperó, porque Concha, y el Departamento con ella, siempre ha defendido la esencia francesista en una Facultad como la Facultad de Letras de la Universidad de Murcia, en la que los estudios de Filología Francesa han sido pioneros. Así fue como en el curso 2010-2011, tras décadas de licenciatura, comenzó su andadura en la Universidad de Murcia el nuevo Grado en Estudios Franceses, el cual se ha visto inmerso posteriormente en diversas modificaciones en un intento por adaptarse a unos tiempos cada vez más hostiles a los estudios humanísticos minoritarios y que no pasa en la actualidad por su mejor situación, en una universidad que es ya gestionada con criterios de empresa privada. Sin embargo, a los que ahora nos toca seguir adelante Concha nos deja algo esencial, su actitud de compromiso ante las adversidades, por lo que, siguiendo su ejemplo, lucharemos para mantener el legado académico y cultural francesista que atesoramos en nuestra universidad desde hace tantos años y que tanto esfuerzo ha supuesto a varias generaciones de profesores. Conscientes de que los vientos no soplan a favor, si nos piden que busquemos soluciones imaginativas y que nos reinventemos, lo haremos, pero sin renunciar a nuestra esencia. Esa ha sido siempre la línea roja de Concha y seguirá siendo también la de sus sucesores.

Por último, me referiré al compromiso de Concha con su Departamento. Ha sido una compañera muy generosa, siempre dispuesta a ayudar a todos los que lo han necesitado y a colaborar en todos aquellos asuntos que lo han requerido, haciendo incluso a veces sacrifi-

cios personales. Muestra de ello es que ha asumido hasta fechas recientes la coordinación del área, cargo que solo supone trabajo y cuya aceptación, después de su largo recorrido y de haber ocupado puestos de relevancia en gestión, ha causado cierta extrañeza a algún compañero.

Como ya he expuesto más arriba, Concha tuvo que abrirse camino en unos momentos en los que ser mujer e intentar volar sola implicaba aún muchas dificultades. Pese a todo lo consiguió y, por ese espíritu de compromiso que tiene, puso entonces todo su empeño en que las generaciones posteriores no vivieran su misma situación. Concha ha sido – y en la simpleza de los términos está también su grandeza – una buena compañera, una amiga en quien confiar y, en ocasiones, también una madre protectora con los suyos, esa madre que siempre está ahí para lo que necesites. Los profesores Alfonso Saura o Jerónimo Martínez son testigos de ello, pues Concha ha tenido con ellos mucha complicidad como amigos verdaderos. Y, por lo que a mí respecta, ¿qué puedo decir? Que me ha acompañado desde que fui estudiante en la carrera, ella fue la que me animó a centrar mi carrera en la universidad, realizando la tesis doctoral y solicitando una beca de investigación. Ahí empezó todo... Recuerdo que me decía “en la universidad se está bien, no se dan muchas horas de clase, investigamos en aquello que nos apetece, ¿qué más podemos pedir? ¿qué vas a hacer en la monotonía de un instituto?” Y me convenció. Lo cierto es que la universidad ha cambiado mucho en pocos años y no es hoy esa universidad que Concha describía, pero, pese a todo, no me arrepiento de haber aceptado su reto. Si ella no se hubiera cruzado en mi camino, mi vida y la de otros compañeros hubiera sido otra, alejada de la universidad, en un instituto o en otro sitio, ¿quién sabe? Sin su acompañamiento incondicional, sin sus consejos, todo habría sido mucho más complicado, quizá imposible. Las puertas que a ella se le habían cerrado, las abría de par en par a las nuevas incorporaciones del Departamento sin pedir nada a cambio. Así fue como, en mi caso, conocí al profesor Francisco Lafarga y a la profesora Encarnación Medina en sus respectivos coloquios y, a partir de ellos, a otros tantos compañeros del gremio. ¡Cuántos momentos vividos juntos! Muchos de ellos asociados a la asistencia a coloquios. ¡Cuántas horas compartidas en publicaciones mano a mano, en los proyectos de investigación dirigidos por Concha! No habría palabras para expresarle mi agradecimiento por tanto. Y creo que dirían lo mismo quienes, como yo, han tenido el privilegio de ser también sus doctorandos. La preocupación de Concha ha sido siempre formar nuevos doctores que aseguraran el relevo generacional en el departamento. Alguna, como la profesora Josefina Bueno, que realizó su tesis sobre Barbey d’Aureville bajo su dirección y fue su primera doctoranda, emigró a la vecina universidad de Alicante e hizo su carrera allí; le siguió la profesora Mercedes Eurrutia, que poco después realizó igualmente su tesis doctoral bajo la dirección de Concha y que hoy es catedrática en la Universidad de Murcia, tras una primera etapa también en la Universidad de Alicante; otras, que también la tuvieron como directora de tesis, desgraciadamente terminaron desvinculándose de la universidad, quizá porque no entendieron que la carrera universitaria es ardua y requiere paciencia. Mención especial merecen las profesoras Lydia

de Haro y Eburne Jorge y el profesor Pedro Baños, que también han podido disfrutar de su magisterio, primero como estudiantes de licenciatura o de grado y después como doctorandos. Desde diferentes enfoques y temáticas, sus investigaciones, como las mías, pivotan en torno al siglo XIX, ese siglo que Concha nos enseñó a descubrir en su fascinante diversidad. Los cuatro somos actualmente sus discípulos en el Departamento. Casualidades de la vida, es otro Pedro, el profesor Pedro Baños, su discípulo más joven, quien cierra el círculo de su magisterio como flamante titular de la plaza a tiempo completo que ha repuesto tras su jubilación la que ostentaba Concha.

Pero sería injusto limitarme a los que somos sus discípulos directos, porque creo que no me equivoco si afirmo que todo el comité organizador del XXXI Coloquio Internacional de la AFUE tiene un gran cariño y respeto a Concha, empezando por la profesora Elena Meseguer, pues, aunque trabaja en un siglo diferente, Concha es también para ella un apoyo fundamental y un referente; por ello, desde el primer momento, manifestó el mayor de los entusiasmos ante la idea de celebrar este XXXI Coloquio de la AFUE en la Universidad de Murcia con motivo de su jubilación. El resto de compañeros, las profesoras Mercedes Eurrutia, Antonia Pagán, Gloria Ríos, Elena Macías, Marine Abraham, Magali Fernández y Mari Paz Jiménez, así como el profesor Isaac David Cremades, todos se mostraron igualmente muy entusiasmados desde la admiración y el respecto sinceros que le tienen.

Concluyo con mi agradecimiento en nombre de todos, no solo de los compañeros de la Universidad de Murcia, sino también en el de todos los amigos de la AFUE, los que la han acompañado durante la celebración del XXXI Coloquio y los que, por diversos motivos, no han podido hacerlo físicamente, pero están presentes en la distancia. Gracias, Concha, gracias, maestra, por haberte cruzado en nuestras vidas y habernos regalado tu amistad.